

“LOS POEMAS DEL HOMBRE”

Por Carlos Sábat Ercasty

He aquí el libro de un grande, de un verdadero poeta. LOS POEMAS DEL HOMBRE son la epopeya grandiosa del dolor humano; de un dolor que no nace del choque con la realidad; de un dolor tan profundo, tan enorme, que aquel que una vez lo ha sentido, no puede ya volver a ser como era antes...

La vida sólo es posible mientras el abismo sobre el cual danza la humanidad, está cubierto de falaces y efímeras flores. ¡Ay de aquel que contempló una vez la boca desnuda del abismo! ¡Ay de aquel que levantó la venda sonrosada de las ilusiones!...

Sábat Ercasty se enfrentó al Misterio terrible, y nos trae de su viaje al más allá, estos cantos sangrientos, estas músicas en donde grita su dolor la inteligencia humana.

Hay una sensibilidad más honda y más elevada que aquella que nace de una fácil e ingenua piedad, y es la que nace de una profunda inteligencia de las cosas.

El talento es don de amargura: quien más piensa es quien más sufre, y “añadir ciencia es añadir dolor”. DOLOR DE INTELIGENCIA, cuyas raíces son las mismas raíces del ser. El dolor que nace de un acontecimiento adverso, el tiempo lo mitiga; pero el dolor del pensamiento tanto más hondo es cuanto más se piensa.

No he leído nunca, si no es en el *Eclesiastés*, o en el *Libro de Job*, una poesía tan dolorosa, y que me haya sacudido el espíritu tan profundamente como estos "Poemas del Hombre" de Sábát Ercasty. Tal vez porque una íntima analogía de motivos líricos me haga encontrar en ellos el eco de los mismos dolores...

Todo el "Libro de la Voluntad", el mejor de la obra, a mi modo de ver, es un continuo sacudimiento del espíritu, un ansia dolorosa de saber, un grito del alma prisionera, una rebeldía magnífica del pensamiento:

"¿De qué raíz terrestre me he desprendido, dime? — ¿De qué fuerzas engeuedoras del espíritu — Rasgo las vendas últimas? — ... — Haberse hundido en lo insondable y vago — donde las manos no aprisionan nada... — ... — Perder pie en el Misterio, — resbalar entre sombras repetidas — hasta no saber nada... — ... y trasponer los muros espesos de ser hombre... — ¡Ah, soledad, — horrible soledad de comprendernos!..."

Sólo el que haya pasado por estos momentos de angustiosa tortura será capaz de comprender toda la belleza y toda la profundidad de esta poesía, que no será jamás poesía para el vulgo, ni para aquellos que, incapaces de comprenderla, pretenden que la poesía debe confeccionarse según modelos de extensión determinada y sobre motivos únicos.

Se necesita haber bajado hasta los hondos abismos de la propia conciencia, haberse perdido en el dédalo inextricable del *yo*; se necesita haberse retorcido en los límites estrechos de la humana Razón y haber vuelto del angustioso viaje con los ojos deslumbrados y sorprendidos por una luz que se ha entrevisto, que se ha creído poseer; una luz que ha iluminado, con su resplandor astral, las cosas y los seres con la fugacidad del relámpago y nos ha dejado

otra vez en las tinieblas de la diaria ilusión, para comprender la sublimidad y el horror, la profunda sinceridad del dolor de la inteligencia sumida otra vez “en los muros espesos de ser hombre”...

“Hay momentos... — en que un último impulso vencería a la esfinge... — Momentos en que espero el golpe inmenso — con que me llenará la luz divina... — Momentos en que las manos ambiciosas — ya van a entrar al resplandor supremo...”

Son precisamente, únicamente, estos momentos los que nos acercan, siquiera en algo, a la majestad de Dios... El dolor y la angustia son tan hondos, que se quisiera cegar para siempre. Y entonces se desea:

“Sentir esta vida desesperada y ebria — como los otros seres que van ciegos y firmes... — ... — Mejor no saber nada, — no haber nacido nunca a la altura y la sed, — estar pegado al lodo más ciego de la Tierra — para no perder el canto alegre, — ser igual a los niños, ser igual a las aguas...”

Y el poeta, sintiendo entonces el ala roja de la locura rozarle la sien — que no se eleva uno tan alto impunemente — clama a la compañera en un grito desesperado:

“Dame a beber la copa de los dulces olvidos. — Sálvame de mi sed y de mi orgullo — antes de que mi frente quede loca. — Devuélveme todas las mentiras — y bésame estos labios angustiosos — hasta que ya no griten frente al misterio mudo...”

Pero ya es tarde; cuando se vuelve de los países del más allá sin haber dejado en ellos, como un gaje precioso, la razón, se trae sobre la frente un signo inconfundible. Aún se podrá reir todavía alguna vez, y se llenará aún concienzudamente los triviales menesteres de la vida; pero el alma no se libertará ya de su terrible destino. El poeta lo sabe y exclama desesperadamente:

“¡Pero ya no es posible!... ¡No es posible!...”

II

Este libro, mejor tal vez que ningún otro, revela el drama terrible del siglo veinte.

Después que el positivismo, triunfante en el siglo pasado, nos demostró acabadamente su incapacidad para dar a la vida un sentido último y definitivo, el espíritu humano, brutalmente sacudido hasta en sus últimas fibras por la Gran Tragedia, entrevió el vacío angustioso que no es capaz de llenar ya la consoladora ficción religiosa. De ahí ese movimiento universal de las generaciones de *post-guerra* hacia un espiritualismo que concilie las exigencias de la razón y las ansias del espíritu.

Y en esta oscilación constante del alma que ansía creer en una vida futura y la inteligencia que le niega la posibilidad de creer — dilema que ya Uxamuno analizó magistralmente en “El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos” — muchos espíritus nobles y esclarecidos volvieron los ojos hacia una nueva filosofía y una nueva religión, que si no es admitida por la ciencia, no es, sin embargo, más absurda que cualquiera otra religión, tan inaceptable como ella para el positivismo científico. Me refiero a la Teosofía, que, como religión pura, es para el alma más consoladora que la doctrina cerrada de la Gracia, y satisface al mismo tiempo las exigencias de la Razón, aún cuando su verdad, como todas las verdades religiosas, es científicamente indemostrable. Pero ningún postulado se opone, sin embargo, a la teoría de la reencarnación y de las existencias sucesivas, de acuerdo, en cambio, con la teoría de la evolución, escollo temible para las otras religiones.

Pero entiéndase bien: a la Teosofía-Religión, es decir, sin pretensión alguna de verdad demostrada ni aún todavía demostrable: a la Teosofía y no al Es-

piritismo, con que suele confundírsela muchas veces.

Los fenómenos del espiritismo, en efecto, inexplicables generalmente por las leyes conocidas, físicas y fisiológicas, adquieren por la nueva interpretación de la parapsicología o metapsíquica de Richet, un valor muy secundario y aún completamente nulo, como prueba de la supervivencia; pero iluminan con luz preciosa los abismos inexplorados de la subconciencia, del yo subliminal.

Me parece encontrar en la obra de Sábát Ercaсты, que comento, una marcada tendencia teosófica, en su sentido puramente religioso, y alusiones frecuentes a la doctrina de la reencarnación en versos profundos como los siguientes:

“¡Ya eres una vez más, carne mía! — ¡Te levastaste ahora más alta y más gloriosa! — ¿Qué hubo de mí mismo antes de esas horas? — ¿Cómo es que fui posible? — ¿Sobre qué ágil nave llegué con mi destino — hasta las fatigadas orillas de la Tierra?... — ... — Estaban en el pensamiento inmóvil — todos los destinos juntos. — La idea era tan fuerte que se hicieron las cosas. — YO ME VOY REGRESANDO POR MI VIDA — hasta la chispa ansiosa y la llama invisible — en que me alzó el espíritu la mañana de Dios, — antes aún de los astros y las nébulas... — ... — ¡Qué silencios hemos cruzado, hermano! — ¡Qué caminos de eternidad y fuerza! — ¡qué zonas inescrutables de Dios mismo! — ¡qué sorda densidad del Universo — fuimos trepando hasta alcanzar la vida! — ... — ¡Eramos nervios tensos en el espacio fino — cuando empezó la música sensible de los astros! — ... — Estuvimos ocultos en todos los tiempos, — aguardando el instante audaz de desatarnos — y sacar de los gérmenes, afuera de la sombra, — libres los brazos, — y radiantes las frentes.”

Todo el canto cuarto del Libro de la Voluntad, es, a nuestro modo de ver, un verdadero poema teosófi-

co. ¿Encontró Sábát Ercasty en esta doctrina el consuelo ansiado para su espíritu?

No lo creo, pues el neófito está lleno de entusiasmo y de fe por la religión que abraza, y el libro de Sábát no es más que un grito de dolor y de ansia; no un libro de fe y de consuelo:

“Yo no afirmo ni niego, — ¡soy nada más que una gran sed! — ¡Toda la sed del mundo y de los mundos — sobre los labios del corazón!...”

Sed no aplacada; sed que lo tortura y que seguirá torturándolo, porque no existe fuente consoladora para esta fiebre honda de *más allá*. El lo sabe, y su duda dolorosa exclama desesperadamente:

“¿Es que ningún extremo robaremos la antorcha? — ¿Es que toda batalla terminará en batalla? — ¿Es que la sed más alta sube otra sed más alta? — ¡Ay!, — acaso no haya una verdad en nada, — ni para nosotros ni para Dios. — Acaso lo que anhela toda mi sed no existe. — ... — Acaso las palabras de los hombres — ni aún el sentido de sus errores tengan. — Ni la verdad arriba — y ni la esfinge abajo. — Algo más espantoso que no saber, sería — esta impotencia humana para ver el abismo. — ... — ¿Somos el espectáculo de un más allá que ríe, — o somos la esperanza de un más allá que sufre?”

He encontrado muy pocas veces, en algunos versos de Alfredo de Vigny o de Giacomo Leopardi, pensamientos tan hondos en formas tan armoniosas y tan graves. Estos dos últimos versos, son especialmente magistrales.

No creo que nadie, entre nosotros, se haya elevado tan alto; por eso, sin duda, algunos críticos de profesión no han podido seguirlo.

Leyendo los versos de Sábát Ercasty, he reconocido la honda fraternidad de su poesía y el alcance muy humano de sus sentimientos, que, personales y originalísimos, tienen, sin embargo, un alcance uni-

versal, ya que traducen aspiraciones y dolores de toda conciencia un poco profunda.

En cuanto a la forma, muy moderna, de estos poemas que por su índole no caben en los estrechos moldes de una retórica antigua, Sábát Erceasty ha alcanzado una armonía musical que no poseía aún en "Pantheos", a pesar de sus grandes e indiscutibles méritos; armonía nacida, no solamente de la concertada disposición de los vocablos, sino de una honda compenetración de la idea con la forma, una armonía mucho más difícil de alcanzar que la fácil música de la métrica, porque está, como las sinfonías de Beethoven, toda hecha de profunda emoción y de interiores acordes; música grave y majestuosa que necesita, para ser apreciada, una previa educación del gusto.

El verso libre alcanza en "Los Poemas del Hombre" una armonía noble a la manera de un órgano, cuyos sonidos se hallan reforzados y sostenidos por numerosas armónicas, que le vienen tanto de las resonancias profundas del pensamiento como de las vibraciones concordantes de las audaces y bellísimas imágenes.

En el caso de las escuelas literarias modernas, en las que nadie sabe lo que busca y lo que quiere, el poeta de "Pantheos", alejado de las frívolas camari-llas, prosigue solo y aislado la búsqueda de su camino, que se desenvuelve ancho y armonioso frente a él, con la riqueza grave de su magnífica cosecha.

Libros como "Los Poemas del Hombre", revelan al mismo tiempo un poeta y un carácter. Vayan, pues, nuestras sinceras y efusivas felicitaciones a su autor.

LUISA LUISI.